

Vida y literatura: la *Peregrinación al Glorioso Apóstol Santiago de Galicia* de Diego de Torres Villarroel

Aumenta mucho la presunción del gran número que hay de tunantes con capa de peregrinos, el que los que acá vemos con el pretexto de ir a Santiago, comúnmente dan noticias individuales de otros Santuarios de la Cristiandad, donde dicen que han estado; y visitar tantos Santuarios, para devoción es mucho, para curiosidad y vagabundería nada sobra.

Benito Jerónimo Feijoo y Montenegro, *Theatro Crítico Universal*, IV, discurso quinto, 15, 121.

No debe sorprendernos, sobre todo si estamos familiarizados con la estrafalaria biografía del doctor don Diego de Torres Villarroel, que en su dilatada vida hubiera habido lugar para visitar algunos de los principales santuarios de nuestro país, y entre ellos, ciertamente, el del Apóstol Santiago. Mucho menos nos extrañará que este viaje fuese objeto de una recreación literaria en un romance jocoso, muy al tono de nuestro polígrafo. De nuevo, y como nos tiene acostumbrados con otros de sus textos, la polémica ambigüedad de su poema y la descripción en prosa de algunos avatares de su peregrinación, junto a algunas contradictorias afirmaciones, nos obliga a concentrar esfuerzos a fin de analizar en detalle su sentido y significado.

Aunque el *Viaje a Santiago* se realiza en 1737, conviene retroceder cinco años atrás, cuando Torres Villarroel se ve envuelto en un escabroso asunto, que le lleva a un «ruidoso destierro», «extrañado sin término de los dominios de España»¹. Acusado de instigar a su íntimo amigo don Juan de

¹ Las citas que aparecen entrecomilladas están tomadas de su *Vida*, según la edición de Federico DE ONIS (*Vida, ascendencia, nacimiento, crianza y aventuras del Doctor don Diego de Torres Villarroel, catedrático de prima de Matemáticas en la Universidad de Salamanca, escrita por el mismo*, Madrid, 1964, 117), que seguiré a lo largo de todo este estudio. Ahorro al lector las

Salazar, quien en un loco arrebató hirió a un injurioso clérigo, huye de la justicia en ajetreada escapada hacia tierras galas. A los pocos meses regresa a España y es apresado en Salamanca, en donde se le notifica el decreto (29 de mayo de 1732) que Felipe V había expedido para su extrañamiento. Así, salió «en aquella tarde con dos corchetes y un escribano, y en treinta horas me pusieron en Portugal» (119)². Esta segunda estancia en el país vecino no fue menos vagabunda que la primera, mas careció del pintoresquismo de su fogosa juventud, pues se pudo beneficiar de la crecida fama de hábil pronosticador que este renombrado catedrático de matemáticas del Estudio salmantino ya poseía por aquel entonces. Tres años duró el destierro, hasta que las continuas peticiones en la corte de su hermana Manuela y su sobrina Josefa de Ariño dieron fruto, al conseguir del obispo de Málaga, fray Gaspar de Molina y Oviedo, Gobernador del Real y Supremo Consejo de Castilla y Comisario general de la Santa Cruzada, la derogación de la pena (9 de noviembre de 1734). Su vuelta a la ciudad del Tormes produjo contento y desazón entre partidarios y detractores. Con todo, el transcurrir de los años no le ayudaron a desarraigar este negro episodio de su vida hondamente enquistado, y él mismo se encargará de recordarnos la dureza de su destierro, en el que llegó incluso a estar a las puertas de la muerte:

«Padecí en este tiempo, en extrema soledad, con mucha pobreza y riguroso desabrigo, dos enfermedades agudas que me asomaron a la boca del sepulcro» (124)³.

Ante situaciones tan extremas, cuando no dramáticas, Torres debió invocar repetidas veces al auxilio de la divinidad, haciendo, entre otros, voto de peregrinaje a Santiago, si el desenlace le era propicio, como más tarde habría de manifestar abiertamente en el trozo cuarto de su *Vida*:

continuas referencias a esta obra, aunque sí indico las páginas correspondientes entre paréntesis. Junto a ella, el interesado puede recabar abundante información sobre la vida y obra de este controvertido polígrafo en los trabajos de Antonio GARCÍA BOIZA, *Ensayo biográfico de Don Diego Torres*, Salamanca, 1911; y *Don Diego de Torres Villarroel*, Madrid, 1949. También véanse los estudios de Russell P. SEBOLD, *Novela y autobiografía en la «Vida» de Torres Villarroel*, Barcelona, 1975, y Guy MERCADIER, *Diego de Torres Villarroel. Masques et miroirs*, Thèse de Doctorat d'État, París, 1981.

² El destierro de Torres ha sido analizado y revisado con cierto detalle por G. MERCADIER, *Diego de Torres ...*, ed. cit., 67-86.

³ Más elocuente será el soneto que *Escribe desde Amarante, lugar de Portugal, la miseria que padece en su destierro*, cuyo último terceto reza: «Así vivo, difunto en mi destierro,/ pues con mi horrible y pálido semblante,/ llamando a todos voy para mi entierro» (Cito por el volumen VII de sus *Obras completas* – primer tomo de sus *Juguetes de Talía* –, Madrid, 1795, 29).

«...pocos días antes de san Lucas me volví a Salamanca a cumplir mis juramentos y mis obligaciones; y al año siguiente, que fue el de 1736, después de finalizadas mis tareas, empecé a satisfacer varios votos, que había hecho por mi libertad. Fue el más penoso el que hice de ir a pie a visitar el templo del apóstol Santiago, y fue sin duda el más indignamente cumplido; porque las indevotas, vanas y ridículas circunstancias de mi peregrinación echaron a rodar parte del mérito y valor de la promesa» (127)⁴.

La peregrinación de Torres a Santiago y su difusión impresa

Continúa relatando con cierta prolijidad el trayecto de su peregrinación, cargada de múltiples anécdotas que incitan a la curiosidad del lector⁵, al que se remite a otros textos en los que se da mayor noticia de esta aventura:

«Este viaje le tengo escrito en un romance, que se hallará en el segundo tomo de mis poesías, y en el extracto de pronósticos, en el año de 1738, en donde están con más individualidad referidas las jornadas...» (128).

Volvía de nuevo a aflorar la mentalidad de un hombre de cultura libreril (que no libresca en este caso), hijo de librero. Su desmedido interés por sacar el máximo rendimiento económico y personal de cualquier texto propio, a la vez que mantener informados a sus lectores de su desmembración en varias obras, le llevaba a crear a su alrededor un complejo entramado editorial. En el caso que nos ocupa, el hecho resulta en sí aún más patente.

A esta altura conviene precisar, como más adelante se desarrollará por extenso, que existe un error de fecha en lo que se refiere al inicio de su viaje, ya que éste no se verificó en 1736, según leíamos anteriormente en su *Vida*, pues hasta el 10 de abril de 1737 no solicita licencia a la Universidad para abandonar su cátedra y cumplir su voto⁶. De manera que hemos de suponer que su peregrinación se realiza desde este día hasta principios del mes de septiembre de dicho año, según se justifica en su declaración de que «cinco meses me detuve en este viaje». Estas referencias temporales son importantes pues nos aportan

⁴ De este voto y el contexto en el que surge ofrece cumplida noticia en las primeras cuartetas del *Romance* que dedica a la peregrinación: «Cuando el libro de mi vida/ pusieron por rotulada/ destierro de la inocencia./ ya que no de mi ignorancia.// Pero hablárte más claro: / cuando expulso de mi patria./ para que no entrase en ella./ tocaron a cierra España.// A la raya me pusieron/ de la grande Lusitania;/ pero yo, ni aquí, ni allí./ pude jamás hacer raya.// Voto a Dios hice y a toda/ su celestial corte santa./ de ir al Patrón de Galicia/ a correr las caravanas...».

⁵ En el Apéndice I, el interesado encontrará este relato en su amplitud.

⁶ Este hecho ya fue señalado por GARCIA BOIZA, *Don Diego de Torres...*, ed. cit., 86-9. Quizás podamos pensar que se trata de una simple errata tipográfica.

luz en torno al proceso de creación y difusión de su obra, y en particular de este *Romance*.

En los últimos días de septiembre, recién inaugurado el otoño, Torres obtiene la licencia para la publicación del *Pronóstico* de 1738, según se lee en la censura del reverendo padre, fray Pablo de San Agustín, predicador del Monasterio de san Gerónimo:

«Así en el *Pronóstico* como en el *Romance* no encuentro cosa que se oponga a Nuestra Santa Fe, buenas costumbres ni pragmáticas de su majestad (que Dios guarde), por lo que le considero digno de que vuestra alteza le conceda la licencia que pide. 24 de septiembre de 1737».

Mientras se cumplimentan los trámites legales, Torres está redactando la dedicatoria para el Procurador y Definidor General de la Provincia del Perú, el maestro fray Diego de Sosa, que firma en Salamanca a 10 de noviembre de dicho año. Al poco y seguramente ese mismo mes de noviembre o, a más tardar, a principios de diciembre, los salmantinos gozarían en primicia de *La romería a Santiago. Pronóstico diario de quartos de luna y juicio de los acontecimientos naturales y políticos de toda la Europa, para este año de 1738...* (Salamanca. Año de 1737)⁷. Nuestro autor debía estar acostumbrado a conjugar los tiempos entre la producción literaria y la impresa de obras de tamaño insignificancia editorial, como ésta de cuatro pliegos en octavo, que seguramente debió tener un abultado tiraje, dada su gran popularidad⁸. A la par, en la misma imprenta salmantina no nominada, y seguramente con no muchos días de diferencia, publica su *Peregrinación al Glorioso Apóstol Santiago de Galicia*, en donde se indica ya desde la misma portada: «Las licencias y aprobaciones de este *Romance* están incluidas en las del *Pronóstico*». Es decir, se había aprovechado la conjuntura y se solicitó licencia conjunta de ambas obras, utilizando un idéntico esquema, pues también se componía a la postre la dedicatoria, en este caso al Obispo de Orense, don Agustín de Eura, firmada en Salamanca a 20 de noviembre de 1737. De nuevo, hemos de suponer que a fines de este año el *Romance* estaba a la venta en las librerías salmantinas⁹.

Esta revisión minuciosa de la producción impresa de estas dos obras se justifica en cuanto ofrece datos valiosísimos sobre el *modus operandi* de Torres,

⁷ He consultado el ejemplar custodiado en la Biblioteca Nacional de Madrid, sgt.: Ca 318 (23).

⁸ Junto al impreso salmantino señalado, Antonio PALAU Y DULCET (*Manual del librero hispano-americano*, Barcelona, 1971) recoge otro ejemplar, que no he localizado, de idéntico título, pero «Barcelona: Por Joseph Giralt Impresor, la Plaça de Santa Ana. Véndese en su misma Casa (1738), 8°. 1 lám. 7 h. 64 p.» (n°. 337469).

⁹ En el vuelto de la última página, la 47, de la edición príncipe del *Romance* (y poco más tarde en la Segunda Impresión) se indicaba que se podía encontrar en la librería madrileña de Juan de Moya junto a otras obras, algunas del propio Torres, que se reseñaban a continuación.

en concreto, las presuras que acechaban a un escritor que por aquella época se encontraba ya inmerso en semejante vorágine editorial. En efecto, el *Gran Piscator de Salamanca*, según se conocía a Torres, había conseguido una fama que no sólo estaba obligado a conservar, sino que debía seguir promoviendo en todas y cada una de sus actividades. Precisamente por esto, no hay nada de extraño que una acción individual, como es una peregrinación a un santuario para cumplir un voto, se convierta no sólo en objeto de reseña biográfica, sino que además se presente como digna de un conocimiento colectivo, a través de su difusión escrita. En este sentido, las expectativas públicas de personaje tan variopinto dan razón a la composición de un poema jocoso, alejado de toda inmanencia espiritual, como hubiera sido en principio lo esperado en cualquier autor que hubiera relatado su viaje santo. Pero es que Torres no era cualquier autor. Sobre Torres pendían un sinfín de relatos entre los reales y los falsamente atribuidos, que hacían de su persona un ser extraordinario. El hombre que había sublevado y exaltado a las masas, en su mayoría incultas, en un acto tan íntimo como una oposición a la cátedra de matemáticas, en gran medida reservado desde tiempos inmemoriales para miembros del Estudio en exclusiva, no podía fácilmente alejar de sí las miradas de quienes se declaraban adictos a las peripecias de tan singular personaje. Con ello, el silencioso recogimiento que debía haber sido su peregrinación se convirtió en loco y dicharachero trayecto, del que más tarde se daría cuenta a unos lectores – que de por sí tenían noticia de su promesa –, que fueron partícipes de los preparativos del viaje y que esperaban ansiosos tener noticias del mismo.

Mientras la ciudad del Tormes aguardaba la vuelta del Piscator, Torres iniciaba su peregrinación, que habría de transcurrir por dos trayectos diferentes: el primero, más corto, por tierras lusas, tal vez como una inmolación en reminiscencia de los malos momentos que hubo de vivir años atrás, pues algunas de las localidades por donde pasará guardaban fresca memoria de los tristes días del destierro. Desde Salamanca partió hacia Ciudad Rodrigo, y desde allí al Fuerte de la Concepción, Almeida, Pinhel, Trancoso, Ponte do Abade¹⁰, Lamego, Braga, Valença do Minho, Tui, y, por fin, Santiago de Compostela¹¹.

Como se señala en el primer verso de la antepenúltima cuarteta de su *Romance*, «Volví por otro camino», el regreso se realizó desde Santiago a La Coruña, y según se indica en su *Vida*, «desde aquel alegre y bellísimo puerto de mar, tomé el camino de Castilla por distintos lugares» (129). Podemos suponer

¹⁰ En el Convento de San Francisco de Trancoso le asaltó la segunda enfermedad de su exilio, una calentura ardiente, que agradadamente encontró cura durante su estancia en Ponte do Abade «lugar en donde, por la misericordia de Dios, no había médico ni boticario. Con la falta de estos dos enemigos, con mucha paciencia y el consuelo de ir palpando las buenas noticias que me daba mi albañal, me vi libre en pocos días de tan rebelde y desesperada dolencia».

¹¹ La ruta jacobea salmantina ha sido estudiada con especial detalle por Salvador LLOPIS en su libro *Por Salamanca también pasa el camino de Santiago*, Salamanca, 1965.

que aprovecharía la vuelta para ir a Madrid y entregar los originales de su *Pronóstico* y su *Romance*, para que fuesen examinados por los censores oficiales del Consejo de Castilla a fin de obtener las licencias precisas.

Sea como fuere, lo que es claro es que Torres era un polígrafo infatigable, comprometido con varios proyectos editoriales, que como la impresión de los pronósticos, le obligaban a cumplir anualmente con su publicación¹². Y así, durante su peregrinación aprovecha para concluir el del año siguiente de 1738. Lo hace, según manifestará en el prólogo del *Romance*, «con versos de andadura y coplas de paso castellano, unas veces al trote y otras galopando». A lo largo de varios días, tras haber puesto al lector en antecedente de su viaje en la *Introducción al juicio del año*, teniendo en «la memoria los movimientos de los planetas», y ante los atentos oídos de otros romeros, compañeros de fatiga, comienza a recitar su almanaque, atendiendo a su división en las cuatro estaciones. Al fin del cual, indica:

«Concluido el pronóstico, nos recostamos sobre las pajas, y después de haber dormido con la moderación que nos permitía la incomodidad, tomamos el camino de Santiago por la hermosa y florida provincia de Tui. Las demás especialidades de la peregrinación las pondré en un *Romance*»¹³.

Por lo tanto, si creemos en sus palabras, este *Pronóstico* se presenta como la primera fuente de conocimiento de la peregrinación de Torres, en la que tan sólo nos ofrece parte de su viaje por tierras gallegas, sin que se haga efectiva su llegada a Santiago¹⁴. La idea de la composición del *Romance* podría haber rondado en la cabeza del Piscator desde el mismo momento en que sale de Salamanca a cumplir su voto, pero no se llevaría a cabo hasta que llega a Galicia, en donde ciertamente pasó el mayor tiempo de esos cinco meses que duró su peregrinación. Allí escribe las 276 cuartetas – 1104 versos – que componen este *Romance*, de cuyo tamaño se disculpa ante el lector llegado el fin: «Si me culpares, Lector/ las coplas por demasidas/ menester son tantos pies/ para tan larga jornada».

¹² Hace ya años que GARCÍA BOIZA, *Don Diego de Torres...*, 202 y ss., resaltaba los pingües beneficios que le reportaban anualmente la venta de los populares *Piscatores*, dinero que empleaba en el sustento de una copiosa familia y en sus muchas y largas obras de caridad.

¹³ El lector interesado puede leer la parte de este pronóstico que atañe a la peregrinación en el Apéndice II.

¹⁴ «Los almanaques son para el Gran Piscator de Salamanca cuadernos de bitácora en los cuales, cada año, deja constancia de sus angustias, de sus aspiraciones y de los hechos notables de su existencia» (Guy MERCADIER, *Diego de Torres Villarroel...*, 270).

Con todo, no fueron estos trabajos literarios menores los que más preocuparon y ocuparon a nuestro autor, pues como indicará en su *Vida* años más tarde:

«En medio de estar ocupado con los deleites, las visitas y los concursos, no dejaba de escoger algunos ratos para mis tareas. La que me impuse en este viaje fue la *Vida de la venerable madre Gregoria de Santa Teresa*, la que concluí en el camino, con el almanak de aquel año, antes de volver a Salamanca; a donde llegué desocupado para proseguir sin extrañas fatigas las que por mi obligación tengo juradas» (129-30).

Habría de transcurrir un largo año desde que finalizó la redacción de esta *Vida de la madre Gregoria de Santa Teresa* hasta que la obra pasó por los tórculos de la imprenta salmantina de la cofradía de la Santa Cruz, regentada por aquel entonces por Antonio Villarroel y Torres. La biografía había surgido a instancias del padre, fray Julián de San Joaquín, definidor de Andalucía y confesor de esta venerable carmelita, quien expresamente había elegido a Torres para que la escribiese. Éste la dedicaba al Convento carmelitano de Sevilla, donde profesó dicha monja, en «Salamanca a seis de diciembre de 1738». Esta notable diferencia entre la rápida difusión impresa del *Pronóstico* y el *Romance*, frente a la *Vida* de esta ejemplar carmelita, en el «siglo, doña Gregoria Francisca de la Parra», se explica por la diversidad de intenciones: los dos primeros, menudencias literarias, no precisaban de ninguna especial atención tanto en su elaboración como en su difusión impresa; en contra, la *Vida de la Venerable madre Gregoria...*, no sólo tenía que conseguir el beneplácito de fray Julián, tras detenida revisión, sino que además su propia producción impresa requería atento cuidado: la materia era elevada y su plasmación en forma de libro debía estar acorde. Ya no era válido el barato formato en octavo a modo de los *paperbacks* actuales, sino que se pasaba al estándar cuarto, más en consonancia con un libro de un volumen de cerca de 500 páginas, con índices, y una bella estampa calcográfica que incitaba a la devoción contemplativa, llamado a formar parte de bibliotecas religiosas y de celdas conventuales. Todo ello no era posible ejecutarlo en menos tiempo, pues las prisas nunca fueron amigas del buen hacer.

Frente a este celo en la impresión de esta *Vida*, el *Romance* salía a la luz con numerosas erratas, dejando en evidencia el proceso de la corrección, afectado, sin lugar a dudas, por la presura. Ello no obstaba para que el impresor, seguramente el mismo que, como se verá, acomete la segunda impresión de esta obra, manifieste cierto alarde tipográfico, con diferentes géneros, cuerpos y gruesos de letras, destacándose el poema de la dedicatoria y el prólogo por ir encerrado en una orla muy al gusto del Setecientos. El tamaño y la calidad inferior del papel confirman su carácter de libro de consumo, barato, asequible a un gran público.

Desconocemos el tiraje del *Romance*, aunque no debió ser corto. Lo que sí es evidente es que fue bien recibido, pues se agotó al poco, forzando la rápida aparición de una *Segunda impresión*, sin fecha, pero con indicaciones tipográficas expresas al pie de la portada: «En Salamanca, en la Imprenta de la Santa Cruz: Por Antonio Villarroèl y Torres». Segunda tirada, de mayor rareza bibliográfica¹⁵, que sigue muy de cerca la *princeps* en la distribución de las planas, aunque con mayor descuido en su composición como lo evidencian las abundantes erratas. En todo caso parece adecuado pensar que debió estamparse en los primeros meses de 1738, pues no parece probable que hubiera podido dar tiempo desde ese 20 de noviembre, que se concluye la dedicatoria, hasta fines de diciembre, de no sólo realizar una primera impresión y agotarla, sino de acometer una segunda.

Pero no acaba aquí la historia de la difusión de esta pequeña obra; se hizo, en lo que hoy por hoy conocemos, una segunda edición, «con permiso del autor», en mayor formato, en 4º, y por lo mismo de menor extensión – 3 hs. + 14 págs., frente a las 4hs. + 47 págs. de la príncipe –, con el poema a dos columnas, salida de los talleres sevillanos de la calle Génova, de don Diego López de Haro, impresor con quien Torres mantuvo una amplia relación mercantil a lo largo de su vida. La tipobibliografía moderna la considera de hacia 1739¹⁶, fecha que no viene mal a la lógica divulgación del *Romance*. De esta impresión es reseñable su cuidada ortografía, más regular que en el caso de las anteriores, así como su mayor desvelo en la corrección de erratas tipográficas.

Aunque no volvió a publicarse en edición exenta, fue incluida en la segunda parte de sus *Juguetes de Talia* (Sevilla: Diego López de Haro, s. a., pero c. 1744), según ya anunciaba Torres en su *Vida*: «... este viaje le tengo

¹⁵ Como es sabido la conservación moderna de ejemplares de una obra antigua suele estar en relación inversamente proporcional al volumen de su tiraje, de forma que cuanto más popular es, por regla general, menor número de ejemplares poseemos. En este caso el hecho resulta más que evidente, pues frente a los tres ejemplares que se han catalogado en bibliotecas españolas y extranjeras de la primera impresión, tan sólo se conoce un ejemplar de la segunda impresión, custodiado en la Biblioteca Xeral Universitaria de Santiago de Compostela (R: 12.481), ejemplar que fue mostrado al público recientemente en la exposición *Santiago, Camino de Europa. Culto y Cultura en la peregrinación a compostela*, Santiago, 1993, 69-70. La descripción de ambas impresiones puede verse en Francisco AGUILAR PIÑAL, *Bibliografía de Autores Españoles del Siglo XVIII*, Madrid 1995, VIII: n.º. 758 y 760, respectivamente.

¹⁶ Así lo data PALAU (op. cit., n.º. 337430), teniendo en cuenta que este mismo impresor estampa el segundo volumen de sus poesías, sus *Juguetes de Talia*, que aunque sin fecha de impresión, posee licencias de 1739 y 1744 (n.º. 337420); obra, por cierto, también en 4º lo que explicaría el aumento del formato del *Romance*, que surge como cuadernillo desglosado de esta compilación poética. No obstante, PALAU mezcla esta edición con la segunda impresión (n.º. 337431). Para su descripción véase además AGUILAR PIÑAL (op. cit., n.º. 759).

escrito en un romance, que se hallará en el segundo tomo de mis poesías»¹⁷. Posteriormente se reproduce esta peregrinación en sus obras completas – volumen VIII, págs. 58-77, de la edición salmantina de Antonio José Villagordo y Alcaraz (1752); y en el mismo volumen, págs. 194-231 de la edición madrileña de la Viuda de Ibarra (1795) –, en versión más cuidada que la anterior (cercana al texto que reproduce la edición de Sevilla), y con alguna variante que, aunque no significativa, pues no altera en sustancia el poema, sí nos informa de cierto desvelo por parte del autor en la revisión de sus obras antes de darles lo que se presentaba como su versión definitiva.

Por lo tanto, en apenas 60 años tenemos noticia de seis impresiones de este *Romance*. No es ciertamente, ni mucho menos, un *best-seller*, pero sí una de las obras menores del Piscator de Salamanca que disfrutó de mayor difusión, y, por lo mismo, que contó con el beneplácito del público, lectores y oidores, de su época.

Un romance jocoso: el *Viaje de Torres a Santiago*

Cuando Torres decide, según veíamos en su *Vida*, cumplir su voto de ir en peregrinación a Santiago, lo primero que hace, como miembro de la Universidad de Salamanca, es solicitar permiso al Estudio para ausentarse temporalmente, acogiéndose a la constitución XI de Martín V, que justificaba explícitamente la ausencia de los docentes de las aulas durante el periodo lectivo, entre otros muchos, por «peregrinación a Santiago en año jubilar o de indulgencia general», sin que pudiera ser objeto de sanción¹⁸. Licencia que le es

¹⁷ En el fondo, y atendiendo a lo dicho en la nota de más arriba, se trata de una copia a plana y renglón de la edición exenta estampada por este mismo impresor. Al igual que la primera parte, estos *Jugetes de Talia* reúnen una miscelánea de obras que va desde el *Romance* de la peregrinación a Santiago, pasando por las *Exequias mentales* a la muerte de Felipe V, o la *Expresión fúnebre* a los condes de Monterrey, hasta unos variados villancicos a la natividad de Jesús, junto a la *Fe de Vida y testimonio de sanidad del Doctor Diego de Torres*; es decir, se utiliza un criterio arbitrario tan sólo justificable por aglutinar poesías sagradas y profanas publicadas en su origen en fechas más o menos próximas.

¹⁸ «Item statuimus & ordinamus, quod doctores, alique lectores ordinarie pro salario legentes a festo Sancti Lucae de mense Octobris legant vsque ad festum beatæ Mariæ virginis de mense Septembris; nisi ex causis inferius annotatis, de quibus Rectori fidem facere teneantur, ipsos, vel eorum aliquem cessare contigerit a lectura. Vicelicet infirmatis perpetuæ, vel temporalis, domestici funeris, nuptiarum negocij, vel gradus recipiendi in studio Salmantino, non alibi, vel captionis corporeæ sine sua culpa, vel peregrinationis ad limina Sancti Iacobi in anno scilicet iubilei siue indulgentiæ generalis, iustique timoris mortis vel periculi corporalis, vel perditionis omnium bonorum suorum, siue maioris partis eorum, vel negotiorum vniuersitatis, vocationis Apostolicæ sedis causis, vel alias de mandato & licentia uniuersitatis ipsius». Existe una edición facsímil moderna del texto íntegro de estas *Constituciones* con traducción castellana de Pilar VALERO GARCÍA & Manuel PÉREZ MARTÍN (Salamanca, 1991, 128, para el punto que nos ocupa). Téngase además en cuenta el análisis realizado por Juan Luis POLO RODRÍGUEZ en torno al

concedida por acuerdo mayoritario en el Claustro de diputados del 10 de abril de 1738:

«...el acuerdo de la Universidad fue tener Presente, Leyente, Ganante y Jubilante en su cátedra de matemáticas al dicho maestro don Diego de Torres, concediéndole la licencia que pide para visitar al Santo Apóstol hasta dieciocho de junio deste presente año de la fecha...»¹⁹.

Sabemos, por lo ya señalado, que, por algún motivo que ignoramos, Torres alargó su ausencia hasta cinco meses, tres más de los concedidos, y que no está de vuelta en Salamanca al menos hasta la segunda quincena de septiembre. En cambio desconocemos cómo sería tomada en el Claustro esta dilación en su regreso, o, lo que parece más probable, si pidió que se le aumentase el tiempo del permiso. Fuera como fuese, lo que sí es cierto es que no sería ésta la primera vez que el Piscator abandonaría su ciudad dorada para echarse por esos polvorientos caminos de rueda y herradura, abundantes en postas y mesones, bregando con los calores estivales y la fatiga causada por unas fuerzas mermadas ya por la edad, a fin de cumplir una promesa por una gracia recibida. El 3 de julio de 1746, tras una grave enfermedad, que venía arrastrando desde mediados de abril del año antes, que culmina con un ataque de apoplejía, y después de una interminable convalecencia, Torres inicia un peregrinaje a Guadalupe, según relata en su *Vida*:

«Ya más robusto y con disposición para sufrir los caminos y mesones de España, empecé a pagar a Dios los votos y los prometimientos, con que procuré desde mi cama aplacar las suavidades de su justicia: y fue la primera visitar a su Madre Santísima de Guadalupe, adonde partí a pie desde mi casa el día veinte de junio de 1745, en cuyo devotísimo santuario estuve dichosamente detenido quince días, al fin de los cuales volví a Salamanca a cumplir otras deudas y obligaciones de mi oficio» (181).

De la enfermedad y el viaje se dio primero cuenta en el pronóstico para 1747, *La gran casa de oficios de Nuestra Señora de Guadalupe*, dedicado al recién elevado al trono Fernando VI, en donde, además de contradecir esa fecha, que a la postre indicará en su *Vida*, de 20 de junio por 3 de julio, más acorde a la

absentismo del profesorado en su trabajo *La universidad salmantina del antiguo régimen (1700-1750)*, Salamanca 1995, 506-518. Torres quiso dejar constancia del permiso solicitado a la Universidad en su *Romance*: «A la cátedra pedí/ su licencia, y diome grata/ una bendición de borla,/ con que llenase la panza».

¹⁹ GARCÍA BOIZA, *Ensayo biográfico de Don Diego...*, 164-165, y MERCADIER, *Diego de Torres Villarroel...*, 108-109. Véase el apéndice III.

realidad según la crítica moderna²⁰, se promete al lector más noticias del caso: «hice finalmente mi viaje (cuyas aventuras, como las de mi enfermedad daré en más hojas otro día al curioso lector). Noticias que desarrolla con toda prolijidad, sobre todo en lo referente al desarrollo de su enfermedad, en el trozo quinto de su *Vida*.

Este segundo peregrinaje al santuario mariano no fue objeto poético: la materia lo imposibilitaba – se trataba de la devotísima imagen de una Virgen –, a la vez que lo aquietado de la edad tampoco lo requeriría. Digo lo imposibilitaba, porque en la mente de Torres, en lo que sabemos y nos muestra su obra, nunca estuvo el componer un romancero sagrado o al menos un *corpus* de poemas de carácter religioso, pues su ánimo se mostraba más comprometido con las fricciones del mundo y las debilidades temporales, o al menos esa fue la fama que quiso que perviviese al devenir de los tiempos²¹. Por otra parte, y es lo que me gustaría subrayar, el tema del viaje al santuario del Apóstol Santiago le ofrecía un ilimitado juego literario.

No era asunto nuevo para los lectores del Setecientos el encontrarse con el más variado género de escritos, que tenían como eje central el controvertido Camino de Santiago. Desde que surgió la invención de la leyenda del Apóstol en la primera mitad del siglo VIII, y tras un periodo de incipientes peregrinaciones, en su mayoría asturianas, y su posterior boga a fines del IX, la ruta compostelana se convierte en una de las más transitadas de la cristiandad, llegando incluso, en su época más dorada, a rivalizar con Roma. La difusión de la leyenda en sus varias versiones a través del *Liber Sancti Jacobi* o *Codice Calixtino* (c. 1139); la traducción romance de la *Historia compostelana* (principios del siglo XII), y la amplia divulgación de la *Leyenda áurea* de Jacobo de la Vorágine, espolearon en gran medida este viaje santo, en el que los cristianos emulaban el peregrinaje físico con el inevitable paso purgativo por la tierra. Esa vía láctea que conducía a tan renombrado santuario, adquirió unas dimensiones inimaginables, convirtiéndose en uno de los más asombrosos

²⁰ Vid. GARCÍA BOIZA, *Don Diego de Torres...*, 104-108) y MERCADIER, *Diego de Torres Villarroel...*, 136-137. Recuérdese además que Torres había compuesto unas octavas *En elogio del Reverendísimo Padre, fray Francisco de San José, monje jerónimo, autor del libro de la «Historia de nuestra señora de Guadalupe»*.

²¹ No se me escapan glosas como la dedicada a la *Imagen de nuestra Señora de Atocha*; los gozos a María Santísima, o los varios versos sobre translaciones de imágenes de santos que surgen, en su mayor parte, en un contexto de certamen poético, y que, por lo mismo, hay que evaluar como el resultado de demostraciones, más o menos académicas, de ingenio, y no como objeto de fervor religioso. Un tanto de lo mismo se puede pensar de sus varios villancicos, que además de su raigambre popular, hemos de considerar como un ejercicio literario con el que volvía a demostrar su gran capacidad poética. Ello no contradice el que Torres pueda desarrollar en determinado momento una veta de hagiógrafo, como hizo con su libro sobre la vida de la madre Gregoria de Santa Teresa, o posteriormente con la del clérigo reglar teatino, el padre Gerónimo Abarrategui y Figueroa (Salamanca, 1749).

fenómenos de la civilización occidental: «Alrededor de la figura del peregrino fueron configurando los elementos de su salvaguardia jurídica, las instituciones que le dieron hospitalidad y la constelación de obras de arte que jalonaron aquella ruta de penitencia a través de Francia y de España»²².

Pero si hasta principios del siglo XVI, la ruta jacobea había gozado, por regla general, de una fama inusitada, la común aparición de una masa peregrina menos comprometida espiritualmente, más amiga del carácter festivo y folclórico de las peregrinaciones, comenzó a suscitar la hostilidad entre los humanistas contrarios a estas banalidades y enemigos de todo exceso, a la vez que dio pie a la intervención de los seguidores de la Reforma, quienes lo aprovechan para aguzar sus diatribas contra los usos de la Iglesia. Entre estas críticas, se puede resaltar el conocido coloquio de Erasmo, la *Peregrinatio religionis ergo* (1526), en donde Menedemo y Ogigio dialogan en torno a la decadencia de Compostela, que ve como poco a poco disminuye su vitalidad espiritual, según se reflejaba en la reducción del número de ofrendas; lo que no sería más que la punta de un iceberg que afloraría con toda su plenitud en la centuria siguiente, acuciada por la aparición de nuevas devociones²³. Paradójicamente, esa disminución en el fervor espiritual sería inversamente proporcional al número de peregrinos que se acercaban a Santiago entre los siglos XVII y XVIII, una gran parte de los cuales transitaban por su camino en busca de alimentos, acuciados por la necesidad de las crisis hambrunas que asolaban a Europa durante aquellos siglos. Los mendigos incorporaron una nueva clase social a la ruta compostelana, más cutre, sucia, ruidosa, festiva, pendenciera, y en suma tropel de pícaros, que so pretexto de ganar jubileo, se jubilaban de la vida honesta para entregarse a los placeres de un licencioso ejercicio nómada, según ha documentado últimamente con amplitud Arribas Briones²⁴.

²² Son palabras extraídas de la presentación española del libro, ya clásico, de Yves BOTTINEAU, *El camino de Santiago*, trad. José Miguel Ruiz Morales, Barcelona, 1965, que ofrece un claro panorama del Camino de Santiago. Junto a éste, puede consultarse una de las últimas revisiones sobre su época álgida en plena edad media, en el libro de ensayos editado por Maryjane DUNN & Linda Kay DAVIDSON, *The Pilgrimage to Compostela in the Middle Ages. A book of Essays*, New York-London, 1996.

²³ «Nel corso del XVII secolo, il peregrinaggio a Santiago perde sempre più importanza e la devozione a san Giacomo come patrono della nazione viene ridimensionata per la presenza di numerosi nuovi santi venerati in tutta la Spagna» (Roberto LAVARINI, *Il pellegrinaggio cristiano, dalle sue origini al turismo religioso del XX secolo*, Genova, 1997, 404). Revítese además lo subrayado en los apartados de la misma obra, *Le critiche degli umanisti e dei protestanti e la risposta della Chiesa* (15-63), y *La Controriforma* (456-496), y el capítulo décimo, *La crisi del pellegrinatio*, (509 y ss).

²⁴ Pablo ARRIBAS BRIONES, *Pícaros y picaresca en el Camino de Santiago*, Burgos, 1999³.

No debe, pues, sorprendernos que, mientras continuaban las sempiternas polémicas a cerca de los privilegios del jubileo²⁵, comience a aparecer una literatura en torno al peregrinaje bajo un capuz autobiográfico, real o ficticio, a fin de conferir mayor realismo al relato. Junto a los abundantes testimonios, manuscritos e impresos, extranjeros – italianos y franceses, especialmente –²⁶, surgen textos en nuestro país, que si bien habían tenido voz desde el Quinientos, como sucedía con el anónimo *Viaje a Turquía* (1557), novela dialogada atribuida al humanista Cristóbal de Villalón, cuyo capítulo primero se dedicaba a «El peregrino en Santiago»²⁷, ahora, en pleno siglo ilustrado, adquirirían unas dimensiones inusitadas en lo que respecta a su grado paródico.

Frente a los que seguían debatiendo con crítica seriedad y erudición en contra de los muchos abusos y falsedades que rodeaban al mundo del peregrino, como hizo el fraile benedictino Benito Jerónimo Feijoo, que pergeñó un duro discurso en contra de las peregrinaciones sagradas y las romerías (1765), el Setecientos ofreció un excelente caldo de cultivo para la proliferación de escritores, más o menos hábiles, que relataban sin escrúpulos, e incluso con cierto alarde hipócrita, su recriminable viaje, como sucedía, entre otros, con el italiano Nicola Albani, que marchó en dos ocasiones a Santiago (1743 y 1745), dejando constancia manuscrita de lo que llamaba «política peregrinesca»²⁸. En

²⁵ Torres conservaba en su biblioteca particular un ejemplar del *Discurso Moral, defensa de los privilegios del jubileo del año santo Compostelano, especialmente de la facultad de commutar votos en virtud de el mismo jubileo. Y se desvanecen los fundamentos, con que pretendió hazer improbable dicha facultad un papel anónimo, esparcido por el mes de febrero de 1708* (Santiago: Imprenta de Aldemunde, 1708, BUS: Sgt. 3^a-40113, ejemplar en estado incompleto, falto de cuadernillos finales), emanado de la propia catedral gallega en dura réplica al escrito de un anónimo jesuita. Junto a la debatida controversia del culto del Apóstol, en la segunda mitad del siglo XVIII comienza a suscitarse el tema de los Dioscuros y el Santiago guerrero, que alcanza su momento más álgido en la obra del Duque de Arcos, *Representación contra el pretendido voto de Santiago que hace al Rey nuestro señor...*, (Madrid, 1771), que José Cepeda Adán analizó hace algunos años (*Los Dioscuros y Santiago en el siglo XVIII, la Representación del Duque de Arcos*, in *Anuario de Estudios Medievales*, I, 1964, 647-49).

²⁶ Algunos tan famosos como el de Domenico Laffi, *Viaggio in Ponente à S. Giacomo di Galitia e Finisterrae* (Bologna, 1673), que fue ampliamente reimpresso a lo largo del Seiscientos, trascendiendo a toda Europa. Véase el capítulo VIII, *La memoria peregrina. Relatos y recuerdos de la peregrinación*, del catálogo de la exposición *Santiago, Camino de Europa...* (443-70). También resulta útil volver sobre el repertorio compilado por José VILLA-AMIL Y CASTRO, *Ensayo de un catálogo sistemático y crítico de algunos libros, folletos y papeles, así impresos como manuscritos que tratan en particular de Galicia*, Madrid, 1875, especialmente los apartados dedicados a «Viajes e itinerarios» (52-59) y «Voto de Santiago y jubileo»(213-230).

²⁷ Puede leerse en la edición de GARCÍA SALINERO (Madrid, 1980, 99-112). Los dos siguientes capítulos de este coloquio erasmista – *Los hospitales de Juan de Voto a Dios* y *Las peregrinaciones* –, también abordan el problema de los viajes a los santos lugares (113-128).

²⁸ Véase el artículo de Paolo CAUCCI VON SAUCKEN, *Una nuova acquisizione per la letteratura di pellegrinaggio: Il viaggio da Napoli a San Giacomo di Niccola Albani*, in *Atti del Convegno*

este mismo ambiente, y pocos años antes, Torres recreará el *Romance* de su «indevota» peregrinación, según sus propias palabras.

Ya he señalado el contexto en el que surge este poema y las expectativas que le rodeaban. Su sentido será abordado más abajo. Ahora interesa detenerse un tanto en analizar, aunque sea superficialmente, su contenido, sobre todo en lo que atañe a las posibles fuentes o textos parejos, que pudo manejar durante su redacción. En primer lugar llama la atención los diferentes títulos que adopta en las obras que dedica a su peregrinación. En el pronóstico de 1738, habla de *La romería a Santiago*; en cambio, el *Romance* lo titula de dos formas: en la portada de la obra, *Peregrinación al glorioso Apóstol Santiago de Galicia*, frente al *Viaje de Torres a Santiago* con que encabeza su poema. Es decir, usa indistintamente y como homónimos «peregrinación», «romería» y «viaje». Algo que en principio no debe sorprendernos, pues el mismo *Diccionario de Autoridades* que se publicaba en Madrid el mismo año de 1737, en la imprenta de la Real Academia Española, daba las siguientes definiciones a estas voces:

«*Peregrinar*: Se toma particularmente por ir en romería a algún Santuario por devoción u por voto. Lat. *Longinquum iter, in locum pium suscipere*».

«*Romería*: El viaje o peregrinación que se hace por devoción a algún Santuario. Díjose así porque las principales se hacen a Roma».

En contra, algunos moralistas, como el ya mencionado Feijoo en su *Teatro crítico universal*, se veían obligados a marcar cierta diferencia entre las peregrinaciones y las romerías:

«A dos especies podemos reducir las *Peregrinaciones sagradas* que están en uso. Las unas propriamente tales, que son las que se hacen a santuarios muy distantes, como las que todos los días están ejecutando bandadas de gente de otras naciones, especialmente de la francesa, a la ciudad de Santiago, con el motivo de adorar el cadáver del Santo Apóstol, que allí está sepultado. Las otras, son las que con voz vulgarizada llamamos *Romerías*, y tienen por término algún santuario, iglesia o ermita vecina, especialmente en algún día determinado del año, en que se hace la fiesta del santo titular de ella (118-19)».

Pues con ello, podían dar rienda suelta a sus diatribas:

Internazionale di Studi, Perugia, 1985, 377-427. y las páginas que le dedica Pablo ARRIBAS BRIONES, *Pícaros y picaresca en el Camino de Santiago...*, 53-54).

«Pero el inconveniente que hay en esta especie de peregrinación es casi de ninguna monta, en comparación de los que se observan en la otra especie de las que llamamos Romerías. Con horror entra la pluma en esta materia. Sólo quien haya asistido alguna vez a aquellos concursos, dejará de ser testigo de las innumerables relajaciones que se comenten en ellos. Ya no se disfraza allí el vicio con capa de piedad; en su propio traje triunfa la disolución. Coloquios desenvueltos de uno a otro sexo, rencillas y borracheras son el principio, medio y fin de las Romerías. Eso se hace, porque a eso se va» (122).

Pero a Torres no le interesaba marcar tan sutil distinción, sino que se dejaba llevar por el mismo criterio que años antes había utilizado Pablo Mendoza de los Ríos, quien desde las primeras páginas de su *Teatro moral y político de la noble Academia compostelana* (Santiago, 1731), advertía al lector «En el prólogo o lo que fuere»:

«También se halla hospedado en este libro un peregrino, que si hubiera llegado en cuaresma no anduviera más estaciones; y de todas las casas de esta portentosa máquina, nobilísimo orbe compostelano, sólo visita la Santa, y no me culpes penetrarse tan pocas sendas, habiendo herido tan grandioso asunto, que yo no describo de Santiago lo que hay que admirar, sino lo que el peregrino acertó a ver».

Mendoza de los Ríos había fundado esta sociedad compostelana el 28 de enero de 1731 en compañía de ocho caballeros manteístas, profesores en leyes, de la universidad de Santiago, a la vez que se erigía como presidente de la misma²⁹. Lo más interesante de su declaración es su interés por mostrar sólo «lo que el peregrino acertó a ver». Es decir, ofrecer una relación verdadera de lo que el viajero, que recorría la ruta jacobea para cumplir votos o ganar el jubileo, podría encontrarse en su trayecto. Así, en el tratado II, «El peregrino en Santiago» (63-89), comienza hablando de la dureza del camino, que justifica los miserables trapos con los que los peregrinos llegaban a su ansiado destino, según describe con todo detalle, en pareados de metro irregular, en el poema liminar: «Preste Apolo su influjo para que entre lo burlesco del desaliñado peregrino, reflexione el prudente la más seria fatiga».

Tras el mismo, ofrece una detallada descripción artística y monumental de Santiago a modo de guía del peregrino, sin abandonar el tono burlesco que invade toda la obra. A nosotros nos interesa especialmente la tercera parte, el

²⁹ Esta Academia tuvo una larga trayectoria, que llega hasta mediados del siglo XIX, con numerosas actividades de muy diversa índole. Sobre la misma, y especialmente en lo que se refiere a la obra de Mendoza de los Ríos, puede verse el trabajo de José FILGUEIRA VALVERDE, *Historias de Compostela*, Santiago de Compostela, 1970, 195-203.

tratado tercero en que discurren las poesías a diversos asuntos dispuestos por la Academia. Y dentro de éstas, la más destacable, con mucho, es la que compone el mismo Mendoza de los Ríos, en la que relata su particular peregrinaje: «Dase principio a los asuntos burlescos, y cuenta el Presidente su viaje desde Madrid a Santiago en las siguientes décimas»³⁰. A lo largo de diez décimas espinelas – estrofa que casa bien con la poesía humorística que se pretende desarrollar –, y con un estilo puramente quevedesco, se queja hiperbólicamente de los muchos sufrimientos que hubo de padecer antes de llegar a Santiago con tan sólo unos «calzones de un maragato» por atavío, en una serie de versos que se nos asemejan bastante a los que encontramos en el *Romance* de Torres. Coincidencias al fin y al cabo que nos hablan o bien de una deuda literaria o bien de una poligénesis de tópicos desarrollados en un ambiente propicio común.

Sentido y sinsentido de la *Peregrinación al Glorioso Apóstol Santiago*

Más de mil versos, y bajo la popular forma del romance, le fueron precisos a Torres para ofrecer al lector «... los ápices, circunstancias,/ dónde, por qué, cómo y cuándo/ del cuento...». Consigue, en verdad, su propósito: entre la jocosidad de los temas tratados, con un continuo e inagotable juego de palabras, y, sobre todo, con Quevedo sobre la mesa³¹, va describiendo su peculiar trayecto, hasta que al fin llega a Santiago y cumple su voto. La narración resulta desigual, pues se dedica mayor extensión a cantar su incursión por tierras portuguesas, que a relatar su viaje a través de Galicia. Pero en ambos casos la miseria y la incultura se erigen como temas centrales del discurso. Para ser realista ni sus apreciaciones sobre la zona portuguesa de Tras-os-montes, ni sus razonamientos sobre los alrededores de la frontera gallega, benefician a las gentes de ambas zonas, que son pintadas con abundante chanza, incluso a veces con hiriente burla. Tan sólo se salvan de la purga el obispo de Tui, don Fernando Arango, «pastor fiel de ovejas tantas», y el arzobispo de Santiago, el señor Yermo. Todo ello bajo el más puro estilo de tan singular escritor.

Ahora bien, cabe preguntarse por el interés y el sentido de este poema para la sociedad de la primera mitad del siglo XVIII. Ya se ha adelantado algo

³⁰ Curiosamente sigue la ruta que más tarde utilizará Torres a su regreso a Salamanca.

³¹ No es este lugar para desarrollar la polémica actitud que adopta Quevedo, defensor de la causa santiaguista, ante los promotores de santa Teresa como Patrona de España; sí, en cambio cabe recordar algunos poemas cuyo estilo y contenido parecen haber dejado huella en la obra de Torres. Es el caso de aquellas últimas cuartetas del romance satírico *Despidese de penitente y disciplinante*, en donde se hace explícita mención a Santiago: «A Santiago de Galicia/ me parece su aposento,/ donde viene todo el mundo/ en figura de romero// Parece una montería/ su calle en anocheciendo,/ pues ladran, laten y silban/ para hacer seña al terrero». Cito por la edición de Bleuca (1979, II: 419).

al respecto. El estudio de la difusión impresa del *Romance* nos ha aportado un valioso testimonio, objetivo por sus datos, sobre su amplia divulgación, y, por lo mismo, su buena acogida. Junto a ésta, puede ponerse como cuestión sintomática el hecho que este poema se dedica nada más y nada menos que a un obispo, don fray Agustín de Eura, de quien no sólo debe preocuparnos su dignidad eclesiástica, sino que además no debemos ignorar que presidía la silla de la diócesis de Orense. Resulta fácil imaginar que no hubiera sido aceptada la dedicatoria de ninguna obra que expeliera el más mínimo tufillo de dudosa moralidad o que fuera tenida como una crítica chabacana para la naturaleza de sus conciudadanos. A ello hay que sumar el visto bueno de la censura: «... no encuentro cosa que se oponga a Nuestra Santa Fe, buenas costumbres ni pragmáticas de su Majestad...».

Si así era juzgada por la autoridad competente, que se erigía como veladora de la salud religiosa y moral de la España del momento, por su parte, el propio Torres Villarroel había puesto en marcha su perfecta máquina de propaganda: la iniciaba en su *Pronóstico*, y más tarde en su *Vida*, en donde se menciona este *Romance*, recomendando su lectura a todo aquél que quisiera tener noticia más detallada de su peregrinaje. Pero además, aprovechaba el relato de su *Vida* para suscitar, como le era habitual, cierta polémica en torno a su comportamiento, en este caso al poner en tela de juicio la actitud adoptada en la satisfacción de su voto, de ir a pie a visitar el templo del Apóstol Santiago: «... el más indignamente cumplido». Lo que se corroboraba allegándose a las páginas de los relatos sobre su viaje, en donde no se realiza la más mínima mención a su visita al santo sepulcro del Apóstol. «A río revuelto, ganancia de pescadores»: Torres obtenía, como ya se ha señalado, un alto rendimiento económico con obras que, como este *Romance*, ofrecían a los lectores una visión jocosa y sorprendente de sus más íntimos avatares. Éste, en mi opinión, era parte del sentido de la escritura y publicación de su viaje.

Ahora bien, el sin sentido surge algunos años más tarde, en el seno del Claustro salmantino, entre los numerosos argumentos que la Universidad del Tormes saca a colación en un copioso *Informe* que presenta ante el Consejo de Castilla (22 de julio de 1758). En él se ofrece respuesta a un *Memorial* que los catedráticos de matemáticas, don Diego de Torres Villarroel y don Isidoro Ruiz, habían remitido al rey pocos meses antes. Los reparos del teólogo, el padre Manuel Bernardo de Ribera, a la traducción del libro *De l'usage des globes* del francés Gilles Robert de Vaugondi, realizada por ambos catedráticos según encargo del Estudio, así como el dictamen negativo a la proyectada creación de una nueva Academia de Matemáticas, suscitó la acalorada intervención de ambos docentes, que no dudaron en elevar sus quejas al monarca. Su *Memorial* considerado injurioso por el Claustro, fue aprovechado por algunas voces anónimas para poner en entredicho la autoría de algunos libros del Piscator, según se recogía en el *Informe*:

«La voz, que dice haberse oído en el Claustro, no dijo *que las Obras de Torres* no eran suyas; que esto fuera una implicación manifiesta, porque ¿cómo no han de ser suyas, si son de Torres? Lo que dijo fue, *que muchas de las obras que andan con nombre de Torres, no son suyas*. Puso por exemplo el *Viage a Santiago*, cuyo autor verdadero vive aún en Salamanca, y depondrá siempre que se le pregunte, que no sólo ésa, sino también otras son composiciones suyas, sin que D. Diego de Torres haya puesto en ellas más que su nombre»³².

La situación la pintaban calva, y los enemigos, ciertamente no pocos, de Torres no debían dejar escapar la oportunidad para lanzar sus aguzadas lenguas en su contra³³. El problema radica en dilucidar si las acusaciones eran ciertas o si se trataba tan sólo de falsos testimonios, de quienes deseaban ensombrecer el ganado prestigio de nuestro polígrafo. No es cuestión baladí, y por el momento, con los datos que poseemos, no alcanza respuesta³⁴. Con todo, tal vez podamos ver cierta luz en las declaraciones que poco después de su muerte, en el transcurso del sermón que se predicó por sus solemnes honras en la capilla de san Jerónimo de la Universidad (1774), realiza el padre mercedario Fayle González:

«...Había emprendido devotas romerías a los Santuarios más célebres del Reino, para satisfacer sus culpas y jubileos; y después de todo esto, no cesaba en su penitencia llorando sus culpas continuamente. ¡Oh, si acertara yo ahora a

³² Este *Informe* impreso que se conserva junto a otros documentos sobre este conflicto en el manuscrito 387 de la BUS, pág. 25 (para su descripción véase Óscar LILAO FRANCA & Carmen CASTRILLO GONZÁLEZ, *Catálogo de manuscritos de la Biblioteca Universitaria de Salamanca, I (Manuscritos 1-1679bis)*, Salamanca, 1979, 279), fue reproducido en facsímil por MERCADIER en su apéndice documental (*Diego de Torres Villarroel...*, 375-401. GARCÍA BOIZA analizó todo el proceso en detalle, documentándolo con un sistemático vaciado de los libros de claustros (*Don Diego de Torres Villarroel...*, 139-75), que amplió Mercadier (147-75).

³³ Apenas seis años antes Torres había conseguido compilar todas sus escritos en una obra de 14 volúmenes (Salamanca: Antonio Villagordo y Pedro Ortiz Gómez, 1751-52), que se puso a la venta a través de un prospecto de suscripción que, paradójicamente, nunca fue suscrito por la biblioteca de la universidad salmantina.

³⁴ Algunas discordancias que se observan entre los diferentes relatos de la peregrinación, podrían dar que pensar acerca de este problema de la autoría. Es el caso, por ejemplo, de lo que se dice respecto a la compañía que lleva Torres en su viaje. Así, en el *Romance* se indica: «Quiso Dios se me juntasen/ tres leales camaradas,/ de éstos con quien se sosiega/ aquello mismo que cansa.// Gente moza y apacible,/ de ésta, que en donaire y gracia/ más buen humor restablece,/ cuando más buen humor gasta.// Con que imprimiendo los tres/ las suyas en pisadas/ en el polvo cada huella/ era del cariño estampa.// Pues, como suelen decir,/ los cuatro en amor compañía,/ todo cuanto pisan, copian,/ y cuanto prensan, retratan». Mientras que en la *Vida*, señala: «Acompañábame don Agustín de Herrera, un amigo muy conforme a mi ingenio, muy semejante a mis ideas y muy parcial con mis inclinaciones; [...] Detrás de nosotros seguían cuatro criados, con cuatro caballos del diestro y un macho, donde venían los repuestos de la cama y la comida» (127).

proponeros su fervor y devoción en una de estas peregrinaciones! Hablo de la que emprendió al apostólico, augusto templo de nuestro Ilustrísimo grande Patrón el Apóstol Santiago. Allí era el verle abrazado y asido de la Sagrada Imagen del Apóstol, como de un áncora, que le había de conducir seguramente al puerto de su felicidad. ¿Con qué fe, con qué confianza no imploraba su favor y su mediación para con Dios? Refiriendo este viaje el mismo don Diego de Torres, confiesa que le parece fue la única cosa buena que emprendió en toda su vida [...] Por eso, aunque don Diego de Torres procuró con mucho cuidado deslucir otras obras suyas, ésta de la *Peregrinación a Santiago*, la refiere y la alaba por promover tal vez la devoción a aquel Santuario...»³⁵.

Sorprenden en efecto las apreciaciones de este fraile, sobre todo porque nos muestran la otra cara de la moneda: el devoto viaje de Torres, del que no sólo no poseíamos noticia, sino del que su autor se había esforzado en silenciar. Y, aunque ciertamente no debió de leer el romance de la *Peregrinación a Santiago*, cuya referencia tomó con seguridad de la *Vida*, sus palabras guardan sentido dentro del aspecto menos conocido del Piscator, sus «verdaderas» inclinaciones. De ellas nos habla en el Prólogo al lector de su *Vida de la madre Gregoria...*, obra que, como se ha dicho, concluye durante su peregrinaje:

«El que lo ha escrito es un hombre a quien con alguna razón has acusado de festivo, y aún imaginabas inútil para la escritura de las moralidades estrechas. Yo no puedo negar la frecuente porfía de mis chanzas, ni la disolución de mis voces, que andan en el público sonrojándome el genio y el ingenio, pero cree que en ellas ha tenido más parte el depravado apetito del mundo y la desesperación de mi pobreza, que los movimientos de mi gusto y mi natural. En los años de mozo sentí sobrada melancolía en mis venas, y oportuna pesadumbre en mis humores, para elegir y detenerme en los asuntos majestuosos, y severos, pero el temor de que habías de recibir con desconfianza mis gravidades (no mezclando con ellas alguna ligereza festiva), me hizo

³⁵ Ángel G. LOUREIRO, *La vida de Torres Villarroel, la oración fúnebre y la ley*, in *Revisión de Torres Villarroel*, eds. Manuel M^o PÉREZ LÓPEZ & Emilio MARTÍNEZ MATA, Salamanca, 1998, 173-191. LOUREIRO nos promete en su artículo la edición íntegra de este sermón. Por su parte GARCÍA BOIZA (*Don Diego de Torres Villarroel...*, 87, n.1), tras poner en duda la autoría del poema – «Este viaje está relatado en un romance jocoso de dudosa autenticidad» –, llamaba la atención sobre lo incomprensible de las afirmaciones de este padre mercedario: «No nos explicamos cómo el P. Faylde diga, inspirándose en las palabras que Torres dedica en su *Vida* a esta peregrinación, «que procurando deslucir sus propias obras, ésta de la peregrinación a Santiago la refiere, y la alaba por promover tal vez la devoción a aquel Santuario». Parece poco probable que el *Romance* pueda incitar a devoción alguna, pero no deja de sorprender el que, pese a su jocoso tono, sea admitido por un obispo, como el de Orense, o se integre la figura de otros dos notables miembros eclesiásticos, sin que medie detrimento alguno para su persona o para el voto del peregrinaje.

violentar tantas veces el genio. Desde este Tomo puedes empezar a hacer un juicio de mi estudio, de mi alma, y de mi inclinación, porque lo escribí sin tiranizar mis talentos, y ya más libre y desahogado de las adulaciones a la necesidad, y de los respetos y antojos del siglo. Olvida mis anteriores burlas, lee estas verdades, y si te agrada su asunto y mi locución, procedamos en paz con nuestras tareas, tú leyéndolas con más deleite y más provecho, y yo dictándolas con mejor esperanza y menos violencia»³⁶.

La cita habla por sí misma y tal vez en ella se encuentra la realidad última del peregrinaje a Santiago de Diego de Torres Villarroel, desprovisto de toda la librea paródica con quiso disfrazarle ante sus contemporáneos. Quien sabe si Torres no querría exponer su indevoto viaje, detrás de toda esa literatura pergeñada como negocio editorial, como un revulsivo ante la relajación de costumbres que le tocó vivir y a la que muchos ilustrados, como Feijoo, decidieron atacar directamente.

Jacobo Sanz Hermida

Abstract:

The cure from a serious illness led the polygraph from Salamanca Diego de Torres Villarroel (1693-1770) on a long pilgrimage to Santiago de Compostela on thanksgiving. Several avatars, analysed in the present article, allow for an individual action (such as the journey to a holy place to keep a vow) to be turned into a literary theme, worthy of collective knowledge, around which develops a skilfully arranged complex publishing adventure.

³⁶ Cito por el volumen XI, de sus *Obras completas* en la edición salmantina de 1752, 13.

APÉNDICES

[1]

CUARTO TROZO DE LA VIDA DE DON DIEGO DE TORRES, QUE EMPIEZA DESDE LOS TREINTA AÑOS HASTA LOS CUARENTA POCO MÁS O MENOS³⁷

...Y al año siguiente, que fue el de 1736, después de finalizadas mis tareas, empecé a satisfacer varios votos, que había hecho por mi libertad y mi vida en el tiempo de mi esclavitud y mis dolencias. Fue el más penoso el que hice de ir a pie a visitar el templo del apóstol Santiago, y fue sin duda el más indignamente cumplido; porque las indevotas, vanas y ridículas circunstancias de mi peregrinación echaron a rodar parte del mérito y valor de la promesa. Salí de Salamanca reventando de peregrino, con el bordón, la esclavina y vestido más que medianamente costoso. Acompañábame don Agustín de Herrera, un amigo muy conforme a mi genio, muy semejante a mis ideas y muy parcial con mis inclinaciones; el que también venía tan fanfarrón, tan hueco y tan loco como yo, afectando la gallardía, la gentileza y la pompa del cuerpo y del traje, y descubriendo la vanidad de la cabeza. Detrás de nosotros seguían cuatro criados con cuatro caballos del diestro y un macho, donde venían los repuestos de la cama y la comida. Atravesamos por Portugal para salir a la ciudad de Tui, y en los pueblos de buenas vecindades nos deteníamos, ya por el motivo de descansar, ya por el gusto de que mi compañero y mis criados viesan sin prisa los lugares de aquel reino, que yo tenía medianamente repasado. Divertíamos poderosamente las fatigas del viaje en las casas de los fidalgos, en los conventos de monjas y en otros lugares, donde sólo se trata de oír músicas, disponer danzas y amontonar toda casta de juegos, diversiones y alegrías. Convocábanse en los lugares del paso y la detención, las mujeres, los niños, y los hombres a ver el *Piscator*, y, como a oráculo, acudían llenos de fe y de ignorancia a solicitar las respuestas de sus dudas y sus deseos. Las mujeres infecundas me preguntaban por su sucesión, las solteras por sus bodas, las aborrecidas del marido me pedían remedios para reconciliarlos; y detrás de éstas soltaban otras peticiones y preguntaban raras, necias e increíbles. Los hombres me consultaban sus achaques, sus escrúpulos, sus pérdidas y sus ganancias. Venían unos a preguntar si los querían sus damas; otros, a saber la ventura de sus empleos y pretensiones; y, finalmente, venían todos y todas a ver cómo son los hombres que hacen los pronósticos; porque la sinceridad del vulgo nos creen de otra

³⁷ Sigo la edición de Federico DE ONIS, *Vida, ascendencia, nacimiento, crianza y aventuras del Doctor don Diego de Torres Villarroel, catedrático de prima de Matemáticas en la Universidad de Salamanca, escrita por el mismo*, Madrid, 1964, 127-130.

figura, de otro metal, o de otro sentido que las demás personas; y yo creo que a mí me han imaginado por un engendro mixto de la casta de los diablos y los brujos.

Este viaje le tengo escrito en un *Romance*, que se hallará en el segundo tomo de mis poesías, y en el extracto de pronósticos, en el año de 1738, en donde están con más individualidad referidas las jornadas; aquí sólo expreso que sin duda alguna hubiera vuelto rico a Castilla, si hubiese dejado entrar en mi desinterés un poco de codicia o un disimulo con manos de aceptación; porque, con el motivo de concurrir a la mesa del ilustrísimo arzobispo de Santiago, el señor Yermo, el médico de aquel cabildo don Tomás de Velasco, hombre de mucha ciencia, mucha gracia y honradez, hablaba de mí en todos los concursos (claro está que por honrarme) con singularísimas expresiones de estimación hacia mi persona y mis bachillerías. Agregáronse a su opinión y su cortesania los demás médicos, y no hubo achacoso, doliente ni postrado que no solicitase mi visita. Atento, caritativo y espantado de la sencillez y credulidad de las gentes, iba con mi doctor sabio y gracioso a ver, consolar y medicinar sus enfermos, los que querían darme cuanto tenían en sus casas. Agradecí sus bizarrías, contentando mi ambición con la dichosa confianza y el atentísimo modo con que me recibieron. Mucho tendría de vanidad y quijotada este desvío en un hombre de mi regular esfera; pero también era infamia hacer comercio con mis embustes y sus sencilleces, no teniendo necesidad ni otro motivo disculpable.

Dejando contentos a los médicos, y muy distraídos de aquel error común que me capitula de enemigo grosero y rencoroso de las apreciables experiencias de su facultad, y consolados a los enfermos, aquietando a unos sus aprehensiones y realidades con remedios dóciles, y persuadiendo a otros que la carestía de los medicamentos era el más oportuno socorro para sus dolencias, pasé a la Coruña, en donde me sucedió el aplauso y el honor de aquellos honrados genios con el mismo alborozo que en Santiago. Desde aquel alegre y bellissimo puerto de mar tomé el camino de Castilla por distintos lugares, en los que merecí ser huésped de las primeras personas de distinción, agasajándome en sus casas con las diversiones, los regalos y los cariños. En medio de estar ocupado con los deleites, las visitas, y los concursos, no dejaba de escoger algunos ratos para mis tareas. La que me impuse en este viaje fue la *Vida de la venerable madre Gregoria de Santa Teresa*, la que concluí en el camino con el almanak de aquel año, antes de volver a Salamanca; adonde llegué desocupado para proseguir sin estrañas fatigas las que por mi obligación tengo juradas. Cinco meses me detuve en este viaje, y fue el más feliz, el más venturoso y acomodado que he tenido en mi vida; pues, sin haber probado la más leve alteración en la salud ni en el ánimo, salí y entré alegre, vanaglorioso y dichosamente divertido en mi casa. En la quietud de ella cumplí el cuarto trozo de mi edad, que es el asunto de esta historia; y desde este tiempo hasta hoy, que

es el día veinte de mayo del año de 1743, no ha pasado por mí ventura ni suceso que sea digno de ponerse en esta relación.

[II]

LA ROMERÍA A SANTIAGO. PRONÓSTICO PARA EL AÑO DE 1738, DEDICADO AL
RMO. PADRE MRO. FRAY DIEGO DE SOSA, RMO. P. SEÑOR Y DUEÑO MÍO

Introducción al juicio del Año³⁸

...Tartajoso de andadura, balbuciente de portante, molido y deslumbrado, llegué yo entre dos luces al melancólico soportal de un hético casarón, mal entretejido con parches de retamas, unturas de tochos, emplastos de jaramugos, enjuagatorio de maíz, y otros confortantes, pistos y remiendos de pajas y tallones de los que producen sus arideces la marásmica altura del Cebrero. Yo creí haber encontrado algún alivio contra las injurias de mi desabrida jornada en el cubierto de aquella obscura y desgüeñada habitación, y me vi hundido hasta los corvejones y embadurnado hasta los lomos de cagalutas destetadas, cagajones desleídos, boñigas insulsas, y otros puches y almíbares del estiércol que arrojan los brutos con quien se acuestan y acompañan las rudas gentes de aquellos miserables y desterrados zangarrones del mundo. A fuerza de pujamientos y vaivenes y estribando sobre el bordón mi fatigada humanidad, procuraba desarraigarme del pegajoso baturrillo, dejándome por las costas de los zapatos, las medias y algunos piltrafones de las zancas, pude trepar hasta el medio del pestilente y pantanoso portalón. Nadando a remo tendido, llegué a asirme de el esquinazo de una vigueta carcomida, que hacía oficios de pesebre, salpicada a trechos de unos rodanchos que parecían agujeros de letrina, y, tirándome de bruces sobre una de sus cavidades, quedé como muchacho que plantan en el burro, con las piernas colgadas y el trasero al aire. Y en este postura se acabó de escurrir lo más suelto del hediondo arropo en que estuve sorbido hasta las gorjas. Di, pues, un rehurto al cuerpo, y, asentado sobre una de las hoyadas de la viga, empecé a llorar de mala noche, que me esperaba, porque por fuerza había de ser vigilante galeote en aquella galera de bazofia; y más cuando me vi rodeado de bueyes, cabras, cochinos y gallegas, que todo es uno para lo de la limpieza y la civilidad. Reparado un poco, empecé a reconocer los entresijos del pastelón, y vi que en uno de sus cornejales estaba tendido sobre un hormiguero de castañas, chirivías, nabos, repollos y otras verdolagas, simientes y raíces de las que inquietan la ventosidad y la lujuria, un gallegón ahito de

³⁸ Edito sobre la versión príncipe, Salamanca, 1737, que posee la Biblioteca Nacional de Madrid [Sgt.: V.E. Caja 318 (23)].

cuerpo, trompetero de mofletes, barrigón de ojos, barbado de agujijones, y tan abochornado de vista que vomitaba fontañanes y esquivias con cada guiñada. Era gordo de badajo, con un buen besugo por lengua, embotado de pronunciación y un cencerro boyuno por boca. Tenía una cabellera de lombrices, pera tan rabona que no le pasaba de la nuca, dejándole a la vergüenza un par de orejas ramplonas tan grandes como dos botijos portugueses. Descubría unos trancones de brazos y piernas tan rudos y espesos de pelambre, que me pareció estar revuelto en la piel de un osso. Todo su ropaje se reducía a unos calzoncillos de estopa cruda, almidonados de puchos de vino, berretes de tabaco, y algunos regüeldos de nalgatorio. A par de sí estaban dos gallegas priorales, macizas, barrigudas y frisonas, pero tan grasientas como si estuvieran formadas de chorizos y morcones. Tenían dos pescuezos cagalares, tripones, peludos y rodeados de pringue, y las cabezas entretalladas entre un arnero de tetas, mayores que el bandujo de una vaca y tan poltronas y esponjadas que podían servir sus cojinetes de asiento al gigante Malambruno. Estaban una y otra en paños menores, y sin camisa, y tan abigarradas de refajo, que por todas partes descubrían las costras de sus muslos y algunos asomos de los ijares y la reñonada. Cubrían finalmente el dormitorio de las liendres con unos almohadones de lino berrendo, guarnecidos con perigallos de guita y paramentos de cañamazo. Por las señales del gallego presumí, que era algún sucesor de el potentísimo Meco, aquel berraco racional a quien atribuyen los historiadores tacaños la población de aquel potroso y enfermizo pedazo de la tierra. Informado, pues, de una de las rollizas trongas, me dijo que aquel era un mercenario de los que andan en aquellas feligresías a ojeo de bodas, a espera de bautizos, a caza de pecados y a montería de mortorios. Quise preguntar cuál era la causa de estar en aquel traje y aquel sitio, pero no dejó salir la pregunta de mis labios el rumor y gritería de una tropa de peregrinos, que a fuerza de juramentos y empujones bregaban por desatarse del pegajoso pisto en que estuve yo anegado hasta el gollete. Llegaron ansiosos a la orilla de la vigueta, y besaron su sucio suelo con la misma ansia, que los infelices náufragos besan la amada madre, después de haber padecido las congojas de una tempestuosa tormenta. Repararon en mí, que estaba enjugándome del diluvio, que me había cogido en aquel golfo, y uno de los peregrinos, que era un sollastre rojo y jorobado, me dijo: «¡Ha señor astrólogo!, ¿por qué no previno vuesa merced la mala noche que había de pasar?». «No es tiempo de zumbas, seor Ramajo –dixo otro de los compañeros–, lo que importa es ver cómo hemos de desempotrarnos de este cenagal en que estamos engullidos». Levantóse a esta sazón el botarga del gallego, y enarbolando la pala de un horno y los peregrinos sus bordones, anduvieron a salga la parida con el lodo, hasta que lo hicieron recular contra la pajiza puerta del mal aparejado cobertizo. Desentretallados los míseros galeotes de la corma de la piscina, acudieron las tarascas gallegas, y con algunos manizos de pajas acabaron de mondar de la peste, llevándose de camino entre los dientes

de la escoba algunas zurrapas de los zaragüelles y las ropillas. Estendieron a manotadas algunos tallos de maíz, y otras piltrafas y farrapos del pajar, y colgando de los garfios de los bordones las esclavinas y las talegas, se tiraron sobre el mal mullido jergón los peregrinos, las gallegas y el monigote, arremolinándose todos como una escuadra de marranos. Yo me encuaderne en el mazorcón, y después de haber dejado en la espina a unos besugos, y haber arrancado a raíz el último trago de las calabazas, dijeron que sobremesa se había de hacer el pronóstico, y que los versos de los juicios políticos los dejase por su cuenta, porque en la tropa había alguno que había bebido de la Fuente Cabalina, y habían trepado por el Pindo. Dispusieronse todos a oír, y yo que tenía muy en la memoria los movimientos de los planetas, empecé a recitar en esta forma:

Ceñudo el viejo aterido
Sobre algunas majestades,
De pestes y tempestades,
Hecha un diluvio crecido;
Sordo es de su trono el ruido,
Y aunque a ninguno desvela
*Más mal hay en la Aldehuela
Del que suena.*

Un cortesano soplón,
Fuelle con donaire y maña,
Vertiendo está su cizaña
En uno y otro rincón,
Cuidado con su intención,
Que aunque a nadie revela,
*Más mal hay en la Aldehuela
Del que suena.*

Con horrorosa porfía,
Ya terrible, ya imprudente,
Se queja una mala gente
De una buena compañía;
Gime de noche y de día
Y aunque a veces se consuela
*Más mal hay en la Aldehuela
Del que suena.*

Levantando testimonios
A imágenes y a retablos,
Anda un rebaño de diablos,

Y una recua de demonios;
Ni son suecos, ni bolonios,
Y aunque ocultan su cautela,
*Más mal hay en la Aldehuela
Del que suena.*

No bien había acabado de cantar el estribillo de la última copla, el malicioso vejete sobre el bajo de una criba, que era el violón de aquel asqueroso sarao, cuando todos se quedaron dormidos sin temor ni respeto a la mala cama. Amaneció bien tarde en nuestra zahúrda, y, tomando todos los bordones y las esclavinas, nos pusimos en la vereda del Santo Apóstol, sin despedirnos del mercenario y las gallegas, que aún quedaban arrebujadas y perezosas, derramando esperezos y en el aire corrompido de las nabizas y castañas. Por el camino proseguí en la formación de mi pronóstico en esta forma:

Mercurio en esta estación
Se mueve más azogado,
Y en el más casto reinado
Introduce corrupción;
Dicen que su curación
Logra un letargo tremendo,
*Y este mal, que se quita durmiendo,
Yo no lo entiendo.*

Cercado está de oficiales,
Un rico y noble tugurio,
Y por lograr del Mercurio,
Babea mil mercuriales:
Dormir importa a los tales,
La razón no la comprendo,
*Y este mal, que se quita durmiendo,
Yo no lo entiendo.*

Por verse favorecido
De quien a Marte ilumina,
Un lunático camina
Vigilante y advertido:
Conviene estarse dormido,
Según de su influjo entiendo,
*Y este mal, que se quita durmiendo,
Yo no lo entiendo.*

El solar que deseoso
Solicita el desempeño,
Sólo encontrará en el sueño
Su ganancia y su reposo;
Pero si vela animoso
Su quietud está perdiendo,
*Y este mal, que se quita durmiendo,
Yo no lo entiendo.*

Engañando con las diferencias de la conversación a las fatigas del camino, llegamos a otro rebañil de cerdos, en donde nos malmetimos todos, y, después de haber hecho el mediodía con unos trapajos de legumbres alcohadas y unos mendrugos de la broa, proseguimos el viaje y el pronóstico, continuando por la estación del otoño, en esta forma:

Oye usted, señor letrado,
El de los códigos rotos,
No nos dispare alborotos
Desde su estudio malvado;
Mire que el fin depravado
El demonio lo revela
*Y a ti te lo digo, hijuela,
Entiéndelo tú, mi nuera.*

Mire usted, señora hermosa,
Que su rostro y sus faciones,
De arrugas y berrugones,
Será una sima horrorosa;
No viva usted tan pomposa,
Que presto ha de ser abuela,
*Y a ti te lo digo, hijuela,
Entiéndelo tú, mi nuera.*

Sepa usted, seor militar,
El baladrón con denuedo,
Que nadie le tendrá miedo,
Hasta que no le vea pelear;
No se mata con hablar,
Aunque es su boca una azuela,
*Y a ti te lo digo, hijuela,
Entiéndelo tú, mi nuera.*

Mire usted, seor estudiante,
El de la lógica parda,
Que el empleo se retarda,
Al que vive de tunante;
Estudiar y Dios delante
Es lo que ayuda y consuela,
Y a ti te lo digo, hijuela,
Entiéndelo tú, mi nuera.

Conversando largamente sobre las novedades del otoño, nos cogió la noche cerca de una feligresía, y en la casa del cura concluí el pronóstico, declarando la estación última de esta forma:

Un viejarrón secajo en lo cecial,
Por desmentir lo flojo y lo senil,
A la sombra mugrienta de un candil,
Hace de su cuaresma carnaval.
Un estudiante tonto sin igual,
Da opinión en el caso más civil,
Y un agarrante lánguido alguacil,
Se mete a ser Donello y Carlebal;
Una beata se entra a coronel,
Una hormiga se mete a caracol,
Y un escriba debajo de un dosel;
Todos se esconden de la luz del sol,
Pero a la luz de la razón más fiel
Les alza este soneto el facistol.

Concluido el pronóstico, nos recostamos sobre las pajas, y después de haber dormido con la moderación que nos permitía la incomodidad, tomamos el camino de Santiago por la hermosa y florida provincia de Tui. Las demás especialidades de la peregrinación las pondré en un *Romance*. Y ahora sólo digo, que a los sabios, devotos e ilustrísimos prelados, a sus nobilísimos caballeros, comunidades religiosas y plebeyos de todo el reino, debí singulares honras, favores, piedad e impoderable aclamación. Cantaron villancicos a mi nombre, imprimieron versos laudatorios, e hicieron mil demostraciones que me tienen confuso y esclavizado. En la introducción pongo algunas pinturas ridículas, pero sólo lo he hecho por seguir el tema de la jocosidad, pues confieso el bellísimo trato, crianza, ingenio, aplicación y piedad de todos sus moradores. Y ruego a Dios les premie el aprecio que hicieron de mi indigna persona, extraordinario humor y ridículo ingenio, y sea su Majestad sobre ellos, y Dios sobre todo.

[III]

CLAUSTRO DE DIPUTADOS³⁹

En Salamanca a diez de abril de mil setecientos y treinta y siete, a las diez de la mañana se juntaron a Claustro de Diputados en la cuadra alta de las Escuelas Mayores de la Universidad de dicha ciudad, presentes los señores Dr. don Bernardino Francos, que hizo oficio de Vicerrector, por no haber venido a Claustro el Señor Rector, Reverendo Padre, maestro fray Miguel de Herze, que lo hizo de Vicecancellario, por antigüedad, y doctores y maestros, don Pedro Belarde, fray Tomás Varo, fray Benito Marín, don Tomás Bajo y fray Tomás Bajo y fray Diego Salcedo, teólogos; don Jacinto de la Peña, jurista; doctores, don José de Parada y don Blas de Villaharta, médicos; maestros, don Manuel Sánchez y don José Hernández, artistas; don Diego Godoy y don Franco Palacios, diputados; siendo llamados por la Cédula siguiente:

Cédula: Don Vicente Blanco del Castillo, bedel, llamaréis a Claustro de Diputados para mañana miércoles a las diez de la mañana, para ver un *Memorial* del señor maestro, don Diego de Torres, Catedrático de Propiedad de Matemáticas, que suplica a la Universidad le tenga por Leyente, Ganante y Jubilante de dicha Cátedra por causa de la Constitución. No falte nadie pena *prestiti juramenti* y la del Estatuto.

Fecha martes nueve de abril de mil setecientos y treinta y siete.

Don Tomás de Cleo y Robles, Rector.

Leída la Cédula, se leyó un *Memorial* del tenor siguiente:

Señor:

El maestro don Diego de Torres, del Gremio y Claustro de Vuestra Señoría, y su menor sujeto, dice con toda veneración, que en el tiempo de sus persecuciones hizo, entre otros votos, el de visitar al Apóstol Santiago en su primitiva Iglesia; y, deseando satisfacer a esta promesa, suplica a Vuestra Señoría le tenga presente y le permita gozar las exenciones que tienen prevenidas los Estatutos de la Universidad a los que individuos que se determinan a emprender tan Santo viaje.

Nuestro Señor guarde a Vuestra Señoría en su mayor grandeza, *et cætera*.

³⁹ Reproduzco la edición de Antonio GARCÍA BOIZA, *Ensayo biográfico de Don Diego Torres*, Salamanca, 1911, 164-65.

Leída la dicha petición, se mandó leer y leyó la Constitución II, y causa que en ella se previenen para ganar sus cátedras los catedráticos. Y, enterada la Universidad dellas, se comenzó a votar en esta forma:

El señor, doctor, don Pedro Velarde dijo que, por el motivo del Voto, concedía la licencia que se pide y como se pide, mayormente atendiendo a la Indulgencia que menciona la Constitución. Y prosiguiendo los votos, con el expresado, fueron del mismo parecer, concediéndole la licencia que pide dicho señor maestro, don Diego de Torres, hasta el día dieciocho de junio, teniéndole Presente, Ganante y Jubilante en su Cátedra. Y, llegando al voto del señor Vicerrector, dijo era del mismo parecer, añadiendo hacía fe de haber comunicado con su señoría, dicho maestro don Diego de Torres, la ausencia que se le ofrecía, y había juzgado precisa. Con que el Acuerdo de la Universidad fue tener Presente, Leyente, Ganante y Jubilante en su Cátedra de Matemáticas, al dicho maestro don Diego de Torres, concediéndole la licencia que pide para visitar al Santo Apóstol hasta dieciocho de junio de este presente año de la fecha. Y así se publicó y se acabó el Claustro de que doy fe.

Ante mí, Ramón García de Paredes.
Vicesecretario (rubricado)